

Un deseo importante y colectivo

Terminó el año y el frenesí de las celebraciones volvió a atormentarnos y a recordarnos la poca amabilidad de la ciudad en la que vivimos. Las ganas de ver a los queridos, robando tiempo que no tenemos, nos obligaron a tomar taxis, y las amigas más precavidas se gastaron medio sueldo contratándolos por teléfono.

Porque la mayoría de mujeres nos sentimos inseguras moviéndonos en Lima. Porque la mayoría conoce a alguien que ha tenido alguna experiencia terrible. Porque a todas nos han agredido de alguna manera. Y no sólo nos sentimos vulnerables y expuestas, si no también acechadas y juzgadas, como bien supo expresar Julio Ramón Ribeyro en el cuento *Las tres gracias*, donde tres hermanas cometían el atrevimiento de mudarse a vivir “solas” en una casa miraflores, desencadenando el alboroto general, traducido en especulaciones ruines que las expulsaron del barrio.

Conocí ese cuento gracias al montaje *Sólo para Ribeyro*, de Briscila Degregori. Su cuerpo, su voz, unos libros, zapatos rojos, cigarros y un saco, fueron todo lo que necesitó para dar vida a tres textos que me sorprendieron por su actualidad. Pero fue *Las tres gracias* el que me angustió por su triste vigencia. Había que ver a Briscila desdoblándose para interpretar a las guapas desconocidas contorneándose por la calle, a las vecinas que las observaban criticonas y al “limeño hijo de papá”, indignado por no conseguir sus favores; para recordar cómo esos roles están tan entrelazadamente vinculados y activos, dentro de todos nosotros. El saberse mirada, con la ansiedad que causa; la costumbre de juzgar, casi siempre por superficialidades; el exigir al otro que satisfaga nuestras expectativas así no correspondan a lo que es o desea ser. Y todo eso en un ambiente mezcla de violencia y murmuración, de habladurías por la espalda o gritos a viva voz, susurros hipócritas o titulares a todo color.

No parece haber término medio ni franqueza posible cuando un cuerpo femenino está involucrado. Tampoco parecen suficientes las voces activas contra la presión social y mediática que involucra industrias millonarias de transformaciones físicas, ni contra la amenaza constante que experimentamos al movernos por la ciudad, incapaces de sentirla propia. Así lo entiende también la artista Natalia Iguñiz, quien ideó la acción *Chicas de la luna*, con la cual invitó a mujeres de todo Lima a salir a conversar al parque o a la puerta de la casa. Según ella, “Ocupando como se nos antoje algún lugar público, es una manera de ir ganando terrenos para la libertad. También es exigirle al Estado que debe garantizar nuestra seguridad. (...) Un pequeño acto simbólico en que las mujeres que queremos disfrutar de la noche –y de la vida– sin peligro inauguramos/reforcemos lazos de solidaridad y cuidado, así como espacios de autonomía.”

Un deseo importante para este 2013, sería asumir colectivamente la tarea de crear un contexto menos hostil para el desplazamiento y goce de nuestros cuerpos. Empezando por nuestras comunidades. Recuperando la vida de barrio, disfrutando el frescor de las noches veraniegas. Mirando sin juzgar y apreciando nuestro reflejo en el espejo. Agradeciendo su peculiaridad y que nunca estará en una valla publicitaria sometiendo a una presión injustificable a las niñas en crecimiento.

